Cuentiembre - Anacalú Mariné

Anacalú Mariné

Capítulo 1

¿Juego de noche de brujas?

Sí, sentía cosquillas. Por un momento dudó de la sensación, pero lo eran. No quería reírse, dar rienda suelta a lo que su cuerpo le transmitía con cada vello erizado y viéndose paralizada. Los nervios no se lo permitirían. ¿Puede una sentir ganar de reír cuando lo que invade todo tu ser es el miedo? ¿El temor anulador de todo pensamiento de huída?

En secreto, y en la complicidad de las penumbras, su hermano mayor la había despertado de un sueño de madres que alimentan con ricos postres y mesas llenas de sonrisas de satisfacción. El abrir y cerrar de ojos no tenía la misma rapidez que un control remoto. No es cuestión de ON y OFF. Despedirse del mundo onírico, placentero y oficiador de refugio para niñas desamparadas, no es una transición fácil. Hacerlo mientras se está caminando en medio de la oscuridad y a sabiendas de lo que viene a continuación, cual ritual de noche de brujas, aún menos.

Su hermano, cauto y sigiloso, la había traído, sin permiso, al mundo de la vigilia con caricias en su opaco cabello, suaves roces en la mejilla y besos de filial ternura. *"Shhh... sabes que es un juego"*, le había susurrado aquel en un desconfiado oído. Aún así la niña no quería responder a este llamado. ¿Tiene poder de elección una niña de 5 años ante un hermano diez años mayor, cabecilla de hogar ante la claudicación del trono por parte de un padre suicida? ¿Acaso un ser frágil e inocente, que naturalmente, confía en el entorno que le rodea, pueda negarse a las peticiones de un hermano, que se ven envueltas de caricias, palabras dulces y llenas de amor, promesas de recibir regalías y un caballero que la defienda, a capa y espada, cuando más lo necesite?

La cargó en sus brazos para no cortar la santidad del silencio nocturno. Ella iba despabilándose poco a poco. Cada paso la acercaba a un baño que más tenía de secretos de alcoba que de espacio de higiene íntima. Nada más lejos de la perversidad que esas cuatro paredes, con el mayor recelo, escondían.

Una vez más, otra oscura noche de brujas, Camila no recibió dulces ni caramelos, no fue salvada por conjuros ni pócimas ancestrales, no tuvo respuesta a sus ruegos, aunque estos se confundieran con el amor hacia su hermano. *Dulce o trampa,* reza la afrenta hacia el universo de las almas que moran la otra orilla. Camila es dulce, como toda niña, que noche tras noche, es conducida a su trampa.

Una noche más.

Una niña más.

Y eso que ella ve en los informativos, intuyendo que hay manadas de lobas defensoras de cachorras en hocicos familiares: "ni una menos".

Capítulo 2

La telaraña del silencio

Un manto de telarañas, profuso y viscoso, escondía a su creadora de miradas indiscretas. Negra, peluda y desagradable a la vista. Solía permanecer oculta y sigilosa mientras observaba los complicados tejidos de palabras que intercambiaban los dueños de la casa.

- ¡Mamá! ¡Mira! ¡El nido de la araña sigue creciendo! - apuntó con su dedito la pequeña Lila.

- Aléjate, niña, de ese lugar. ¿No te he dicho que es peligroso acercarse a la araña? Hemos intentado sacarla de allí pero las telarañas están cada vez más pegadas a la pared. Haz como nosotros: no la mires. Haz de cuenta que no está allí. Con el tiempo te olvidas de su existencia - intentó la madre, sin mucha conciencia de ello, adormecer la curiosidad de su pequeña, sin detenerse en la conversación y con gran esmero pasaba, una y otra vez, el trapo sobre los muebles.

Con sus 11 años, Lila no podía hacer "como que no existía" ese extraño ser de la naturaleza, que se empeñaba en desarrollar su nido, como si les quisiera tomar la casa. Sabido es que los niños, si escuchan un NO, pues que entienden en otro idioma, uno en el que éste significa lo opuesto. Además, como la inquieta Lila señalaba en su diario íntimo, este ser oscuro y peludo presentaba características particulares, no dando indicios de que fuesen al azar.

Por ejemplo: si su madre se ponía triste y ella le preguntaba qué le pasaba, si la podía ayudar o que le contara lo que sentía, la otra se negaba, enjugaba sus lágrimas con la manga del buzo y con ello todo rastro de malestar. En esos instantes Lila optaba por dejarla en soledad, quizá así se sintiese mejor, y al pasar por la esquina de "la que no existe" notaba cómo se había extendido algunos centímetros en las paredes y el techo. Si sus hermanos peleaban, para distraer la angustia que sobrevolaba la casa, el arácnido parecía dotarse de más fuerza, al asomar sus inmundas patas por algunos recovecos de su guarida.

Y este es de los casos en los que era más notoria esa mancha llena de vida y poder: cuando Lila preguntaba "¿Qué pasó con papá? ¿Por qué se fue de casa? Era en esos crudos instantes, en el más desgarrador de los silencios, cuando la araña daba pasos de gigante en su crecimiento.

La niña se preguntaba qué pasaría el día que ésta tomara toda la habitación. ¿La clausurarían? ¿Su madre optaría por mudarse con ellos por quinta vez? ¿O lo más sano sería pedir ayuda, comunicarse con el experto

en hacer frente a las arañas, y así eliminarla?

¿Deberían mudarse ellos y no intentar matar esa araña? ¿Cuál era su veneno? ¿En qué consistía su fuerza? Con sus amigables dedos dejaba constancia, de cada duda y razonamiento, en esas hojas sagradas. A través de su lectura se desprendía de la Lila de todos los días y se veía a la distancia. Recorriendo sus pensamientos escritos descubrió que ella no le temía a la araña. Reconocía su existencia, daba cuenta de su fuerza cuanto más la negaran y algo debía hacer con ello. Recordó la frase que su hermano rescata de Superman: "todo poder conlleva una gran responsabilidad".

Marcó en el calendario el día del encuentro con la enemiga silenciosa. Al contrario de lo que se podría creer conveniente, no iba a esperar la soledad del hogar sino que estuviesen todos presentes. Su madre y hermanos debían ayudarla a derrotar ese bicho que les estaba tomando la casa, porque ellos la estaban cediendo. El repulsivo insecto solo crecía si estos negaban su presencia. En cuanto la registraban se detenía. Por lo que, si entre todos, hablaran sobre ella, la miraran, la tuvieran en cuenta y afrontaran con todo el miedo que esto suponía, Lila dedujo que la araña, a fuerza de intimidación, debería disminuir su tamaño o, quien sabe, quizá hasta desaparecer.

Antes dio una última chance a su madre.

- ¿Qué pasa si la araña ocupa toda la casa? ¿Y si nos pica con todo su veneno? ¿No te da miedo que, en vez de matarla o hacer algo con ella, nos agarre dormidos y nos paralice con su mortal tóxico? - indagó a su madre mientras escudriñaba sus gestos.

- Son ideas tuyas Lila. Tienes mucha imaginación. La araña no se va a mover, está ahí desde que se fue tu padre... o un poco antes, no recuerdo bien, odio pensar en esa época. Como sea, no nos va a picar, ni envenenar y no conviene meterse con ella. Ya te dije, has como nosotros y piensa que no existe - apenas hizo contacto visual con ella y siguió moviendo el pulgar derecho en un interminable zapping televisivo.

Lila estaba convencida de su poder. Se lo daba su nombre. No en vano sus padres lo habían elegido para ella. En un artículo de Facebook se identificaba cada color con su significado. El suyo era la transmutación, la energía del cambio. Se sentía como un umbral por el que las vivencias transmutaran su color. Si eran oscuras pasarían a estar iluminadas. Donde no hubiese color ella presentaría la paleta por entero.

Llegó el domingo marcado con una cruz. Eran las 12 del mediodía. Un sol hermoso iluminaba cada rincón de la casa, menos en la esquina prohibida. Lila esperó que estuviesen todos sentados para el almuerzo. Una vez su madre culminó con el ritual de servir el menú respiró, tomando coraje, y

comenzó a hablar.

- Mamá, en esta casa me siento bien. Al fin después de tanto tiempo, de mudarnos dos veces por año, no tener dinero para pagar el alquiler, que a veces no tuvieras cómo comprarnos alimentos, tampoco ropa, porque papá no depositaba la pensión alimenticia, siento que estamos en nuestro hogar - a modo de introducción descargó su artillería pesada, en lo que conocía era un tema escabroso, mientras miraba a los ojos a sus hermanos y madre.

Lágrimas sofocadas comenzaron a surcar las mejillas maternas. Los otros elegían el silencio, ante la incomodidad del dolor que caía en gotitas.

- Siempre pregunto qué pasó con papá y nadie me responde. Me siento muy mal, he estado muy triste. Nadie lo notó porque parecía enojada, irritable o de malhumor. Pero si me hubiesen preguntado les habría contado que mi angustia era tan grande que lo único que deseaba era morir. Morir para no recordar que había nacido para tanto dolor. He pensado, a fuerza de que no me hablan del tema, que papá se fue por mi culpa. Yo era insoportable, inquieta, siempre le estaba haciendo bromas, lo quería abrazar el mayor tiempo posible pero esa vez, a la hora de la cena, no ví la botellita y se la volqué encima. ¿Se acuerdan que me empujó, me apartó sin palabras y se fue? - no se le quebraba la voz porque su diario íntimo tenía hojas gastadas con estas elucubraciones. Había vertido sendas lágrimas en la soledad de su cuarto.

Sus hermanos carraspeaban y los ojos vidriosos eran la mejor evidencia de que recordaban el episodio como si hubiese transcurrido ayer, y no siete años atrás. La madre era un mar de llanto ahogado. En silencio humedecía el plato de comida.

- Como no me explicaban por qué se había ido, por qué no volvió a casa, que había pasado con su ropa, con sus cosas, y por qué nos teníamos que mudar de un día para otro, me hice una conclusión propia. Papá nos había abandonado porque yo le fallé. Le tiré refresco encima y era insoportable. No me toleraba más y ese día se tuvo que ir. Se fue por mi culpa. Somos esta familia quebrada y desarmada, a la que siempre siento que le falta una pieza, porque yo fui la culpable de que no quisiera estar acá. Ustedes no hablan sobre lo que pasó y el silencio es tan pesado, tan denso y negro, como la araña que se empeñan en desterrar de la conciencia. Mi dolor crece al igual que la araña. Toda vez que evitan hablar de papá ella crece y yo me siento más hundida en mi dolor. Si alguna vez esta araña ocupa toda esa habitación será porque yo habré decidido irme de esta vida - sentenció en algo que ella creía podía ser la salida a tanto dolor enquistado.

Su madre rompió ese silencio que la estaba matando como el veneno paralizante de la araña. Una ausencia de palabras que anestesiaba cada

músculo del cuerpo, obstaculizaba la garganta y las cuerdas vocales perdían su tensión. Un cuerpo que se iba despoblando cada vez más de signos vitales, de luz, de movimiento hasta ser una estatua de sal. Bastaría un soplo de viento para desintegrarse.

En un movimiento torpe y urgido tiró todos platos, fríos ya, para rescatar a su hija de tanta oscuridad. La apretó fuerte en su pecho mientras la pequeña temblaba al haber abierto la compuerta del dolor. Le dijo dulces palabras al oído para revivirla y conectarla a ese pecho que le sostuvo la vida en sus tiernos inicios. Le prometió una historia familiar honesta, cruda y real. Sabiendo que sería su versión, siempre parcializada, pero era un comienzo: los primeros diques de construcción de un puente que los llevara a pasar de un lugar oscuro y apagado, a otro donde reinara la luz y la confianza.

Se abrazaron los cinco, arrodillados en el suelo, mientras las lágrimas iban limpiando, con cada gota, un resquicio más de sus atormentadas almas.

La araña los observó desde su rincón. Asomó sus ojitos y pensó que se veía al espejo.

Parece una enorme araña humana - pensó.

Y mientras los otros crecían en abrazos, besos y palabras, esta fue desintegrándose, poco a poco, como quien sabe ha cumplido su función.

Capítulo 3

Colores que matan

Hija de altos jerarcas policiales. Nada más parecido a tener las deidades en su propia casa. Dos seres plenos de poder, voces que apenas debían esperar a ser oídas y ser acatadas, palabras contundentes que guiaban los rebaños de mentes descarriadas, investiduras de gran porte y nada que se saliera de las líneas preestablecidas.

El color azul imperaba en sus anécdotas desde sus más inocentes recuerdos. Si le preguntaban sobre cuál era su preferido ella no dudaba en contestar: azul. Tan obediente, y encaminada, que siquiera atisbaba a un azul cobalto o añil.

La rebeldía era mala palabra.

Martha había preguntado, alguna que otra vez, a sus compañeros de clases - tan sólo congéneres con los cuales compartir horas y aprendizaje en un aula, puesto que la amistad es una categoría que exige una cierta intimidad y apego que ella no podía dar – cuál era el peor insulto que alguien les podía proferir, aquel que los hiriera en su fuero más íntimo. Uno que otro le respondió “mediocre”, “falso”, “ignorante” o “fracasada”. No se sintió identificada y optó por el silencio. Una y otra vez la seguía la eterna sensación de no pertenecer, no encontrarse en la media y ser una especie de eslabón perdido en esta sociedad tan definida. Su peor insulto sería que la calificaran de “rebelde”.

De ella tan solo se esperaba que fuese perfecta. Ni más ni menos. Para Martha esto suponía el supremo valor en cualquiera de los ámbitos que se desarrollara. La hija perfecta, la compañera perfecta, la alumna perfecta, la nieta perfecta.

Y, por supuesto, la esposa perfecta.

¿Se puede pretender algo que de por sí es un pensamiento irrisorio? ¿Es posible construir una realidad, en esta vida palpable, sobre los cimientos de la ilusión?

Martha estaba convencida que era posible porque sus padres habían respondido a su obediencia, con muestras de satisfacción ante lo que parecía ser una mujer perfecta.

Pero lo que ella no sabía es que la mirada de los padres aún está presente cuando hayan partido. Una carga con esos ojos como si ya no tuviera dos

sino seis.

Difícil empresa era ser la esposa perfecta de Adrián. Siendo el primer hombre, que es una mera expresión coloquial, porque desde que nació habían existido varios hombres al estar habitando un mundo poblado de seres de uno u otro sexo, pero sí su primer amor, su primera experiencia sexual y, por tanto, toda su obediencia y perfección se la debía a él.

Como si en esa primera penetración y besos adosados se hubiese encadenado un grillete en su corazón. Más aún, una cadena de sutiles promesas y pretensiones, amalgamadas a cada una de sus palabras, silencios, expectativas y deseos.

Martha se convirtió en la posesión de Adrián. Ya no existían dioses sino solo uno. También vestía de azul. De igual manera portaba un rango de supremo poder. Por supuesto, siempre lo acompañaba su par de esposas, las de metal y la de carne y hueso, que tan solo este embalaje era para él, y su arma de reglamento siempre poblada de seis razones de ser.

En esta vida hay cuestiones que no se eligen. No se puede planificar ser de una sola manera en toda la existencia. Vamos cambiando, permeabilizándonos con los avatares de la vida, adaptándonos a lo que esta nos presenta.

No estaba en los planes de esta mujer, creída perfecta, tener un atisbo de rebeldía.

Este rasgo se le impuso cuando no tenía elección. Se sintió asfixiada y quiso dejar de ser ama de casa, abandonar frases y formas de ser en el mundo como: “la hija de” o “la esposa de”.

Se anotó a un taller de poesía. Una hora a la semana.

Entre aspirantes a poetas empezó a sentir el nacimiento de unas alas que nunca había creído que existían. Sus palabras la trasportaban a un mundo etéreo que no lograba compaginar con el azul uniforme de su esposo. Le compartía entusiasmada un verso de “la Pizarnik”, leía a escondidas “La mujer habitada”, de esa escritora de cabello salvaje, insubordinado y escandalosamente rojo. Poco a poco se fue sintiendo más mujer y menos perfecta.

Y le gustó.

Al que no le gustó fue a su amo de uniforme azul.

No estuvieron contentas las tres balas con que la despobló de poesía, un domingo al mediodía, a ojos vista de todo el vecindario que, azorados, comentaban: “¿Qué habrá pasado? Pero si Martha era la esposa perfecta”.

Martha era una esposa-esposada, como todas las que creen ser perfectas, pero nada más haber acariciado los encantos de la poesía para entender las ansias de Eva ante la manzana prohibida.

Mujer, si te crees perfecta, duda, y escribe poesía, antes que venga a tu búsqueda el aniquilante azul.

Capítulo 4

Cuando las estrellas mueren

De pequeña escuchaba, con frecuencia, algo que constituía un lema, en el entorno familiar: “algunos nacen con estrella, y otros, estrellados”.

Una frase dura y radical, aunque haga alusión a fenómenos que bien podrían ser asociados al misterio, al romanticismo, hasta quizá algo infantil: las estrellas.

Pía era experta en reconocer los unos y los otros porque, desde la misma cuna, se le había categorizado en los bienaventurados. Toda su larga vida sería un ser especial que arrojaría luz a quienes le rodeasen.

Aunque las estrellas tengan su propia longevidad, no es la misma para los que habitamos este planeta: seres hechos de masa muscular, venas y una frágil piel que nos recubre para que el alma no se desprenda con un simple soplo de cambio.

¿Se puede pretender llevar una existencia como si uno fuese una estrella? ¿Es justo y amoroso para un hijo cargar con semejante peso, tan pesado como lo es la que está en el cielo por las noches? ¿Acaso no somos algo más parecido a un asteroide que surca los cielos y, en un abrir y cerrar de ojos, ya ha dejado su estela para desintegrarse en un lugar que ni siquiera asistiremos?

Como adolescente que se inicia en los pensamientos filosóficos se cuestionaba esta carga impuesta por los deseos frustrados de sus padres. Quizá si tuviese un padre sol y una madre luna ella podría haber sido una hija del vasto cielo. Pero la realidad le indicaba que, aunque mucho dinero y prestigio, ambos eran producto del esfuerzo, de la necesidad obligada de salir adelante por ausencia de sus propios padres, por locuras que inhabilitaban a los cabeza de familia responsabilizarse por el bienestar de cada uno de sus miembros.

Pía solía recorrer las periferias de su elegante ciudad en un intento genuino de ver esa realidad que le era vedada en el seno familiar. Deseaba conocer la pobreza, el rostro sucio de los que no saben si ese día tendrán un estómago lleno, las manos surcadas por la crudeza del frío, el olor desagradable ante la ausencia de un baño cálido y reconfortante.

¡Cuánto daría por poder desprenderse de ese auto de alta gama, vender su jacuzzi y ensuciarse las manos comiendo un hot dog en la calle, en vez

del frío y distante sushi!

Su madre, no con poca asiduidad, la encontraba sumida en sus pensamientos, mirando sin mirar a través del ventanal del penthouse.

¿Por qué no logra ser feliz si tiene todo? - se preguntaba al notar rastros de vacío en los ojos de su deslumbrante descendiente.

El imperio de mamá y papá era la herencia ya pautada para la buscadora Pía. No había opción para un NO. Su bella y ejemplar hija, cual Aurora de Disney, ni siquiera debía molestarse en pensar sobre su futuro, ya estaba escrito por ella.

¿Acaso un ser que lo tiene todo, en sentido estricto económico, y una familia tradicional conformada, con la consabida trinidad cristiana, puede sentir angustia, vacío, tormento y deseo de apagar su luz para no ser más esa estrella que, de manera impuesta, debería, por los siglos de los siglos, alumbrar a los pobres estrellados?

Pía sabía que no solo podía sentir todo esto sino que buscaba con frenesí cortar esta cadena de imposiciones. Lo fue haciendo con crisis de ansiedad, disociación, autoagresión y estados catatónicos.

Su último intento fue ser un cometa. Por lo menos su luz sería igual de intensa pero en movimiento, quizá llegara a iluminar a otros seres, esos de los barrios olvidados y prohibidos.

Bien es sabido que los cometas surcan, de manera estrepitosa, los cielos.

Y así lo hizo.

Ningún testigo pudo asistir, con ojos y bocas abiertas, al espectáculo nocturno.

Como una estrella que se apaga, un último fogonazo iluminó el punto de impacto y así, fugaz como vino a la vida, desapareció.

Capítulo 5

Brotes que salvan

Su querida Polly perdió el tercer embarazo. El gélido diagnóstico del médico los sumió en el desierto de los que no dejan rastros de ADN, una vez idos al otro lado del río. La depresión es solo una de las mútiples formas de reaccionar a dos tajantes letras: NO. El zigzag parecería conducir a una ínfima posibilidad pero el círculo, hermético y clausurado, se cierra sobre sí mismo sin lugar a dudas.

- NO hay margen de error en los resultados. Hemos agotado todos los recursos y no quedan instancias para seguir intentando algo que dará por resultado la negatividad. Ahora se abre el camino de la adopción – se los transmitió fijando la vista en sus cuatro ojos oponentes. Su voz era segura y definitiva como las leyes de la vida establecen que si nacemos vamos a perecer.

Los cansados pasos se fueron alejando de la clínica de fertilidad que, para ellos, no fue tal. La imposibilidad rotunda de cumplir un deseo arraigado en ambos se materializó en cada centrímetro de lejanía.

Para su sorpresa, Polly no lloró como lo hizo en las veces anteriores. Habló poco sobre esta última, y definitiva, pérdida. Una goma de borrar debió haberse interpuesto entre los esposos porque se le desdibujó la sonrisa de los labios. Estéril, no solo in-útero, sino en cada plano de su abnegada existencia.

La escuchó balbucear en sueños. Debió retenerla en el impulso de rasgarse las mejillas, con sus afiladas uñas, en pesadillas evaporadas por la tibieza del sol matutino. Una hora más tarde se acostaba cada día. Una hora más temprano se incorporaba, con ansiedad y pánico, de ese lecho que los había unido en búsqueda de huellas para este mundo. Perdía kilos como quien pierde monedas en los bolsillos rotos. Nacho aún la recordaba como su petirrojo: menuda, tez blanca y pecosa, su alborotado pelo zanahoria, inquieta y alegre. No podía hacerse a la idea de que estaba próximo a un pájaro escuálido, agonizante y oscuro.

Una mañana estaba preparando el desayuno, que ya no compartían, cuando apareció su desconocida Polly.

- Buen día amorcito – le dijo mientras besaba su barba de días. Tratemos de hacer las cosas en silencio porque se quedaron durmiendo. Me costó una eternidad tranquilizarlos pero al fin quedaron hechos unos capullitos – le contaba a media voz entre temblores y febril mirada.

¿A qué se refería? ¿Quienes eran los capullos y cómo es que había hecho dormir a alguien si tan solo ellos dos habitaban su hogar?

En milésimas de segundos, que parecían no tener secuencia lógica, fue atando cabos y comprendiendo ese mundo, alternativo, que su esposa había ido construyendo con los pilares del mutismo. La débil línea que separa la locura de la cordura se había desgarrado, de una vez y para siempre.

No se iba a mentir con dudas ni hacer el doloroso intento de que ella volviera a la cruda realidad. En ese universo delirante estaba acompañada por sus tres bebés y era mamá. ¿Quién era él para aumentar su dolor? ¿Acaso el deliro, la alucinación y el brote psicótico no eran un desesperado intento para continuar con vida? ¿Que sería de ella, o que sería de él, si decidiera arrebatarse la vida de un tirón?

En ausencia de palabras la abrazó. Le recorrió el pelo enmarañado con ambas manos. Apoyó el rostro de su dulce Polly en su pecho de hombre tierno y amoroso. Sentirla cálida y palpitante en su centro le infundó ganas de seguir viviendo. ¿Qué hacer con tanto amor contenido? Ya había perdido tres hijos nonatos, pero que él los sentía tales porque desde que les vió el corazoncito galopar en el vientre materno, los sintió parte de su ser. Se le había censurado toda posibilidad de esperanza. No iba a tolerar perder el amor de su amada Polly. Ella era la mujer que lo arraigaba a la vida. Su Polly... Polita como en la intimidad la arrullaba antes del sueño.

- Shhh... hagamos silencio que nuestros bebés duermen. Dejemos que descansen y así nosotros también podremos estar un rato juntos. ¿Quieres que nos demos una ducha? - se lo fue transmitiendo con palabras dulces y tranquilas mientras la conducía al baño.

Polly, en tanto iba siendo desvestida por su comprensivo esposo, lo miró agradecida con la inmensidad de su alma y, en simultáneo, una lágrima fugaz escapó de su ojo al ver la habitación vacía.

Capítulo 6

La verdad habita las entrañas

Estaba convencida que un gusano habitaba su bajo vientre. Lo sentía escabullirse entre los órganos digestivos. Por momentos sentía comerle la epidermis en búsqueda de oxígeno. Un ligero hormigueo se había hecho presente desde hacía dos semanas y cada día aumentaba su intensidad. Tenía una imagen mental detallada de ese gusano blanco y viscoso.

La primera vez que soñó con él fue la misma noche en que comió carne cruda. Había sucumbido a ese secreto, y por supuesto prohibido, placer. Uma había comprado un kilo de carne del mejor corte, el más tierno y jugoso. Se prometió un bocado pequeño pero, después de un constante mecanismo represivo, desde sus primeros años de infancia, no pudo abstenerse de la sangre que manaba de ese suculento trozo.

Tenía sus dudas respecto a esta censura social ante su deseo de comer carne cruda. No entendía por qué es bien visto y celebrado comer sushi - pescado crudo - y sin embargo, siendo tan carnívoros de la roja no nos permitimos un acto más honesto con ella. La sangre. Esta debía ser el leimotiv, porque en los peces es ínfima.

¡Cuánto pudor despierta la sangre! Un simple líquido color granate, el más familiar de todos, el que nos acompaña desde antes de nacer y es el que menos queremos ver. Inimaginable absorberla con nuestra boca. ¡Cuántos tabúes por estos ríos rojos que nos acompañan a las mujeres desde la adolescencia y que, tristes y resignadas, debemos dejar partir en el climaterio!

Una vocecita interior, no la del gusano, le decía que quizá estuviese ligado a mandatos religiosos: la siempre nombrada, pero nunca vista, sangre de Cristo.

Uma era una hereje por desear, con cada célula de su cuerpo, esos trozos de carne sanguinolentos. Disfrutaba, con éxtasis, desgarrarlos con sus propias manos. Estar en contacto con su naturaleza salvaje - ¿o patológica? - le infundía ánimos de autenticidad y un movimiento de fluidez con la vida.

Ese día no logró contenerse. A conciencia compró ese kilo para entrar en su ritual privado y solitario.

Pero en la noche no se sintió sola. En la habitación oscura reposaban dos seres. Ella y el gusano. Se sentía el capullo de un ser que, en algún momento, transmutaría en algo mayor y peligroso. ¿Por dónde saldría? ¿Le iría desgarrando los músculos abdominales? ¿O daría un giro,

ingresaría en sus intestinos y le obstruiría el esfínter anal cuando fuera a defecar?

Se empezó a inquietar en los pensamientos oscuros del insomnio. El gusano parecía estar unido a la calidad de sus pensamientos. Si eran negros, pesimistas, iracundos, ansiosos o temerosos la larva incrementaba sus movimientos. Le raspaba el espacio entre el músculo y la piel. Si se entretenía con la caja boba y su mente detenía el viaje de ideas ésta parecía no existir.

Habían transcurrido dos semanas en que ya no estaba sola en este mundo. Extrañaba estar acompañada pero nunca imaginó este tipo de pareja.

¿Debería ir al médico? Uma no había contado nunca a nadie su secreto. Ahora eran dos: carne cruda y gusano. No concebía la idea de mostrarse tan animal frente a una eminencia, el símbolo de la sabiduría y salud. Su vil bajeza de permitirse ensangrentarse los dedos en un placer inmundo.

¿La internarían en un psiquiátrico? Quizá no fuera tan mala idea, después de todo. No estaría sola. No extrañaría la ausencia de sus padres, la mirada discriminadora de sus pares ni su evidente incapacidad para conquistar un chico. Tendría personal a su disposición, al que le pagan por aparentar un cariño hacia ella y preocupación por su bienestar. Otros seres que, como ella, verían el mundo de una manera diferente y, quizá, más genuina, con menos tabúes, convencionalismos o hipocresía. Bien es sabido que los viejos, y los locos, dicen la verdad. Uma buscaba decir la verdad pero no había encontrado dónde. Tal vez esta fuese su oportunidad.

Se acarició la panza en reconciliación con su compañero. Éste respondió con varios empujoncitos. Soltó su larga cabellera, calzó las botas de goma, los jeans rotos y el impermeable.

La lluvia sería testigo de su nueva morada. Limpiaría todo lo impuesto y demagogo que había consumido de manera recatada y pulcra. No huiría de los pocos fenómenos transparentes que higienizan nuestra ciudad. Húmeda y vigorosa iniciaría el encuentro con el lugar que siempre la había estado esperando. Ese espacio de paredes blancas, enormes ventanales y pastillas multicolores.

No estaba sola.

Solo ella conocía su tierno y discreto secreto.

Capítulo 7

Cuando las ostras conspiran

La capital del amor estaba de luto. La cuna donde los amantes prometían amor eterno, se endulzaba los oídos con palabras de aliento, renovados votos de aceptación y compañía, había sido profanada por la mano oscura del fanatismo.

Los gritos y llantos eran la otra cara del silencio aterrador. Se esfumaron las palabras acertadas, el encanto del idioma francés, la suavidad de los intercambios románticos.

Imperaba la confusión, las interrogantes, las estrategias improvisadas. Reinaba la incredibilidad aunque la realidad se desarmara ante los asustados ojos.

No muy lejos de allí, en el fondo de las aguas, se convocaron las ostras. Varias comunidades, provenientes de lejanos puntos del planeta, se citaron en un lugar desprovisto de luz.

Establecían sus contactos apoyadas por la invalorable complicidad de los demás seres oceánicos como los hipocampos, estrellas de mar, cardúmenes de peces de todas las especies, ballenas y también aquellos con mala prensa, como el tiburón, pez espada o martillo.

Les urgía unirse, y ser esa masa crítica, para contrarrestar el dolor que el fanatismo se obstinaba en imponer para dominar el mundo.

Bien es sabido que las ostras son seres con especial adaptación al dolor. En medio del caos y las lágrimas, ellas son poderosas herramientas de alquimia, pues transforman las arenas del desconcierto, la humillación, la esclavitud, la imposición de voluntades y la anulación de la humanidad en un huevo nacarado, de extrema belleza y delicadeza, ícono del amor: la perla.

Se reunieron con el propósito de contrarrestar el manto negro de la muerte. El implacable paso del tiempo cobraba con intereses el paso de la guadaña.

Sus entrañas pedían a gritos comenzar la tarea. Entre tanto sufrimiento ellas solo podían cumplir su misión: parir perlas de humanidad, reconciliación y fe en el amor entre todos los seres.

Mientras las marionetas del fanatismo se ocultaban para idear puntos de muerte, usando armas de destrucción masiva, estas preferían el secreto

por ausencia de vanidad y su inevitable enfermedad de humanidad.

El arma de las ostras era de construcción masiva. Perla a perla iban construyendo un collar de contención, confianza, empatía y solidaridad para aquellos que quedan en la tierra con el gran desafío de afrontar su dolor y contrarrestar la fuerza del Tánatos.

Transcurridos unos días, en medio de la desazón, los habitantes de la que fuera la "ciudad luz" fueron testigos de un fenómeno, que en un principio, miedo fue lo que les generó. Entre las aguas se filtraba una potente luz y la población, aterrada, creía que un nuevo atentado recaía sobre ellos. Minuto a minuto nada dañino se hacía presente. Una gran luminosidad se reflejaba en los rostros de quienes, con cautela, se acercaban. Los corazones debilitados y descreídos temblaban ante la luz.

Cada pecho se hundió en la tibieza, la calidez de la belleza propia de la esencia humana, se dejó impregnar por nuevos rayos de esperanza y, en las rendijas del dolor, penetró la perla del amor.

Por cada pétalo negro, que el Tánatos empeña en teñir el mundo, hay comunidades de ostras que conspiran y lo pintan con sus perlas de Éros.

Capítulo 8

A don José Saramago

"Feliz cumpleaños don José", escuchó el viejito, despertando de un largo sueño.

Se incorporó cuidando cada movimiento. Pasó las manos por su rostro, acomodó el cano pelo y se dirigió hacia una puerta que compartía tenue luz por las rendijas.

Abrió y traspasó el umbral.

Se encontró con la imagen de su amada Pilar leyendo en el banquito bajo el Olivo.

Sus ojos desafiaron el tiempo y el espacio. Brillantes se acercaron hasta un tierno beso.

El viejito posa su mirada en las páginas que cobraban vida gracias a su despierta Pilar. Con suavidad y, eterna dulzura, le recuerda al oído: "Qué suerte estás leyendo la Carta de los Deberes Humanos. Hoy, más que nunca, los necesita nuestro querido mundo".

Le acomoda un mechón caído sobre su frente y se despide con un tierno abrazo. Todo su amor quedó en ella.

Se despide agradecido sin palabras que opaquen el momento.

Sabiendo que aún cumple con su deber, a través de su Pilar, abre la puerta y vuelve al eterno reposo en un profundo silencio.

...

Unas breves palabras para mi amado Saramago, en homenaje a su cumpleaños, porque está más vivo que nunca.